





TIEMPO DE CLÁSICOS

- Los clásicos son esos libros de los cuales suele oírse decir: «Estoy relejendo...» y nunca «Estoy leyendo...».
- Se llama clásicos a los libros que constituyen una riqueza para quien los ha leído y amado, pero que constituyen una riqueza no menor para quien se reserva la suerte de leerlos por primera vez en las mejores condiciones para saborearlos.
- Los clásicos son libros que ejercen una influencia particular, ya sea cuando se imponen por inolvidables, ya sea cuando se esconden en los pliegues de la memoria mimetizándose con el inconsciente colectivo o individual.
- Toda relectura de un clásico es una lectura de descubrimiento como la primera.
- Toda lectura de un clásico es en realidad una relectura.
- Un clásico es un libro que nunca termina de decir lo que tiene que decir.
- Los clásicos son esos libros que nos llegan trayendo impresa la huella de las lecturas que han precedido a la nuestra, y tras de sí la huella que han dejado en la cultura o en las culturas que han atravesado (o más sencillamente, en el lenguaje o en las costumbres).
- Un clásico es una obra que suscita un incesante polvillo de discursos críticos, pero que la obra se sacude continuamente de encima.
- Los clásicos son libros que cuanto más cree uno conocerlos de oídas, tanto más nuevos, inesperados, inéditos resultan al leerlos de verdad.
- Llámase clásico a un libro que se configura como equivalente del universo, a semejanza de los antiguos talismanes.
- Tu clásico es aquel que no puede serte indiferente y que te sirve para definirte a ti mismo en relación y quizás en contraste con él.
- Un clásico es un libro que está antes que otros clásicos; pero quien haya leído primero los otros y después lee aquél, reconoce enseguida su lugar en la genealogía.
- Es clásico lo que tiende a relegar la actualidad a la categoría de ruido de fondo, pero al mismo tiempo no puede prescindir de ese ruido de fondo.
- Es clásico lo que persiste como ruido de fondo incluso allí donde la actualidad más incompatible se impone.

Por qué leer los clásicos, Italo Calvino

HONORÉ DE BALZAC

EUGENIA GRANDET

Prólogo de
Mario Vargas Llosa

Traducción del francés y notas de
Mauro Armiño

Tiempo de Clásicos Ediciones Siruela

Todos los derechos reservados.
Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Título original: *Eugénie Grandet*
Diseño gráfico: Gloria Gauger
© Del prólogo, Mario Vargas Llosa, 2007
© De la traducción y las notas, Mauro Armiño
© Ediciones Siruela, S. A., 2010
c/ Almagro 25, ppal. dcha.
28010 Madrid. Tel.: + 34 91 355 57 20
Fax: + 34 91 355 22 01
siruela@siruela.com www.siruela.com
ISBN: 978-84-9841-376-2
Depósito legal: M-15.700- 2010
Impreso en Rigormagráfica
Printed and made in Spain

Papel 100% procedente de bosques bien gestionados

Índice

Prólogo	9
Mario Vargas Llosa	
Nota de traducción	13
Mauro Armiño	
EUGENIA GRANDET	17
[Preámbulo de las primeras ediciones, 1833-1839]	225
Epílogo de las primeras ediciones	229

A Maria¹

Que su nombre, Maria, cuyo retrato es el más bello adorno de esta obra, sea aquí como una rama de boj bendito, cogida de no se sabe qué árbol, pero santificada desde luego por la religión y renovada, siempre verde, por manos piadosas, para proteger la casa.

De Balzac

¹ Hasta mediados del siglo XX no fue identificada esta persona: Maria du Fresnay, casada con un hombre mucho mayor que ella, era hija de la novelista Adèle Daminois; amante de Balzac en 1833, tendrá una hija del autor de *La Comedia humana*, que anuncia el acontecimiento a su hermana Laure en una carta: «Soy padre –éste es otro secreto que tenía que decirte–, se trata de una gentil persona, la más ingenua criatura que existe, caída como una flor del cielo, que viene a mi casa a escondidas, no exige ni correspondencia, ni cuidados, y que dice: “Ámame un año, te amaré toda mi vida”». El 4 de junio nacerá Marie du Fresnay. De la madre se acordará Balzac al pintar el personaje de Agathe en *Le médecin de campagne*.

Hay en ciertas ciudades de provincias casas cuya vista inspira una melancolía igual a la que provocan los claustros más sombríos, las landas más mortecinas o las ruinas más tristes². Quizá haya a un tiempo en estas casas el silencio del claustro, la aridez de las landas y la osamenta de las ruinas: la vida y el movimiento son en ellas tan tranquilos que un forastero las creería deshabitadas si de improviso no encontrase la mirada pálida y fría de una persona inmóvil cuyo rostro cuasi monástico asoma en el alféizar de la ventana al ruido de un paso desconocido. Esos gérmenes de melancolía existen en la fisonomía de una casa de Saumur, al final de la empinada calle que lleva al castillo por la parte alta de la ciudad. Esta calle, ahora poco frecuentada, calurosa en verano, fría en invierno, oscura en algunos puntos, es notable por la sonoridad de su pavimento de piedrecillas, siempre limpio y seco, por la angostura de su tortuosa vía, por la paz de sus casas, que pertenecen a la ciudad vieja y que dominan las murallas. Hay allí moradas tres veces seculares y todavía sólidas, aunque construidas en madera, y sus diversos aspec-

² En la primera edición *Eugenia Grandet* figuraba dividida en capítulos titulados. Aquí comenzaba el primero, «Fisonomías burguesas».

tos contribuyen a la originalidad que recomienda esta parte de Saumur a la atención de los aficionados a lo antiguo y de los artistas. Resulta difícil pasar por delante de estas casas sin admirar los enormes aguilones de extremos tallados con extrañas figuras y que coronan con un bajorrelieve negro la planta baja de la mayoría. Aquí, unas piezas de madera transversales están cubiertas de pizarras y dibujan líneas azules sobre las endeble murallas de una vivienda rematada por un tejado de madera que los años han hecho combarse, y cuyas tablillas podridas han sido alabeadas por la acción alternativa de la lluvia y del sol. Allá aparecen alféizares de ventanas gastados, ennegrecidos, cuyas delicadas esculturas apenas se ven, que aparecen demasiado ligeros para la maceta de arcilla oscura de donde brotan los claveles o los rosales de una pobre obrera. Más allá, puertas guarnecidas de enormes clavos donde el carácter de nuestros antepasados trazó jeroglíficos domésticos cuyo sentido no se encontrará jamás. Unas veces un protestante firmó en ellos su fe, otras un partidario de la Liga maldijo a Enrique IV³. Algún burgués grabó ahí las insignias de su *nobleza de campanas*⁴, la gloria de su regiduría olvidada. Toda la historia de Francia está ahí, completa. Al lado de la vacilante casa, hecha con tabiques de madera rellenos de cascotes donde el artesano deificó su garlopa, se alza el palacete de un gentilhomme en el que sobre la cimbra plena de la puerta de piedra aún se ven algunos vestigios de sus armas, rotas por las diversas revoluciones que desde 1789 han agitado el país. En esa ca-

³ La Liga Católica, o Santa Liga, había nacido en Picardía en 1576; apoyado por los jesuitas, por Felipe II de España y por el papa, este partido ultracatólico trató de extirpar el protestantismo en Francia y consiguió incluso expulsar a Enrique III de París. Las victorias de Enrique IV hicieron retroceder el movimiento, que, aun así, consiguió asesinar al rey por medio de Ravaillac (14 de mayo de 1610).

⁴ Recibían ese nombre los descendientes de alcaldes y regidores de ciertas ciudades en las que tales cargos ennoblecían. Para reunir las asambleas en que eran elegidos se utilizaba el sonido de la campana.

lle, las plantas bajas de los comerciantes no son ni tiendas ni almacenes: los amigos de la Edad Media no encontrarían en ellas el obrador de nuestros padres en toda su ingenua sencillez. Esas salas bajas que no tienen ni escaparate, ni vitrina, ni cristalera, son profundas, oscuras, y carecen de adornos exteriores o interiores. Su puerta se divide en dos hojas macizas, toscamente herradas: la parte superior se repliega hacia dentro, y la inferior, armada de una campanilla de resorte, va y viene constantemente. El aire y la luz llegan a esa especie de húmedo antro por la parte alta de la puerta o por el espacio existente entre la bóveda, el techo y el pequeño muro a la altura del alféizar en el que se empotran sólidos tablones, que se retiran por la mañana y vuelven a ponerse y se mantienen por la noche con bandas de hierro sujetas con pernios. Ese muro sirve para exponer las mercancías del comerciante. Aquí la charlatanería no tiene curso. Según la naturaleza del comercio, las muestras consisten en dos o tres cubetas llenas de sal y de bacalao, unos cuantos fardos de lona, cordajes, latón colgado de las vigas del techo, aros para toneles a lo largo de las paredes o algunas piezas de paño en los estantes. ¿Entráis? Una muchacha limpia, rozagante de juventud, de blanca toquilla y brazos colorados, deja su labor de punto, llama a su padre o a su madre, que acude y os vende de manera flemática, complaciente o arrogante, según su carácter, lo mismo mercancía por valor de dos *sous* que por veinte mil francos. Veréis a un comerciante de duelas sentado a su puerta dando vueltas a sus pulgares mientras charla con un vecino; en apariencia no posee más que unas malas tablas para botellas y dos o tres paquetes de listones; pero, en el puerto, su taller, lleno, abastece a todos los toneleros del Anjou; sabe, tabla más o menos, para cuántos toneles tendrá si la cosecha es buena; un golpe de sol lo enriquece, un tiempo de lluvia lo arruina: en una sola mañana los toneles⁵ pueden valer once

⁵ Balzac utiliza un término preciso y regional: el *poimçon* contenía 185 litros.

francos o caer hasta seis libras. En esta región, como en Turena, las vicisitudes de la atmósfera dominan la vida comercial. Vinateros, propietarios, comerciantes de madera, toneleros, posaderos, marineros, todos están al acecho de un rayo de sol; al acostarse tiemblan por temor a enterarse a la mañana siguiente de que ha helado durante la noche; temen la lluvia, el viento, la sequía, y quieren agua, calor y nubes a su gusto. Hay un duelo constante entre el cielo y los intereses terrenales. El barómetro entristece, desenoja y alegra alternativamente sus fisonomías. De un extremo a otro de esa calle, la antigua Calle Mayor de Saumur, estas palabras: «¡Vaya un tiempo de oro!», calculan de puerta en puerta. Y cada uno responde al vecino: «¡Llueven luses de oro!», sabiendo lo que un rayo de sol o una oportuna lluvia les supone. El sábado, hacia mediodía, durante la buena estación, no podríais adquirir ni un céntimo de mercancía en las tiendas de estos honrados industriales⁶. Cada uno tiene su viña, su hacienda, y se va a pasar dos días al campo. Como allí todo está previsto, la compra, la venta y la ganancia, los comerciantes pueden emplear diez horas de las doce de que disponen en alegres partidas, observaciones, comentarios y continuos espionajes. Un ama de casa no compra una perdiz sin que los vecinos le pregunten al marido si estaba bien guisada. Una muchacha no se asoma a la ventana sin ser vista por todos los grupos de desocupados. Allí, pues, las conciencias están expuestas a la luz del día, igual que esas casas impenetrables, negras y silenciosas carecen de misterios. La vida se hace casi siempre al aire libre; cada familia se sienta a la puerta de su casa, allí come, allí cena, allí discute. No pasa nadie por la calle que no sea estudiado. Por eso, en el pasado, cuando un forastero llegaba a una ciudad de provincias se burlaban de él de puerta en puerta. De ahí las anécdotas regocijantes, de ahí el apodo de *copiones* dado a los habitantes de Angers, que se distinguían en esas bur-

⁶ Industriales alude a los productores de vino, por oposición a comerciantes.